

ALEGORÍA DEL PEZ

Sergio Cueto

La sorpresa es el sobresalto que provoca lo imprevisto, pero la atención es la espera que legitima lo inesperado. La confirmación de esta legitimidad de lo inesperado (que a Elytis se le hizo presente en la pequeñez estival del grillo), Donne la encontró en el camino del pez.

En la carta "A Sir Henry Wotton", leemos:

Y en el mar del mundo, no duermas como el corcho
en la superficie, ni te hundas en las profundidades
como el plomo sin línea; por el contrario, como peces
que se deslizan sin dejar huella alguna,
sin el menor ruido, sigue tu apretado curso;
deja que los hombres discutan si respiras o no.¹

La vida, sabemos, es un viaje. Un viaje marino, entiende Donne. El mundo es el mar en que dicho viaje se cumple, el *medium* del viaje. El viaje es ineludible; el mar, incontorneable. Sin embargo, el camino mismo del viaje, el viaje como tal, depende de nosotros, los viajeros. No es excusa que podamos ir a cualquier parte, infinitamente, y que por eso nos consuma el hastío; tampoco nos absuelve que no haya dónde ir, que el horizonte esté cerrado y nos encadene la angustia. El hastío, la angustia son, ya, nuestro viaje, no su imposibilidad. Los hemos elegido con una libertad absoluta, anterior a toda voluntad; sólo que, precisamente, no los elegimos todavía como el viaje que son, no elegimos el camino que afirman, no pueden no afirmar, y que terminará destituyéndolos. No nos hemos elegido aún como los viajeros que somos.

Tres parecen ser los caminos, los modos del viaje: el del corcho, el del plomo, el del pez.

El viaje del corcho es, dice la carta, un dormir en la superficie. En efecto, gracias a su levedad, a su ligereza, el corcho está a salvo de las sombrías profundidades. Enteramente superficial, sólo conoce la superficie. Sin embargo, ello es así sencillamente por esto: el corcho flota, pero no nada. Su camino es nada más que el ir y venir, de acá para allá, impuesto por el arbitrio de las

¹Tr. E. Caracciolo-Trejo. (Modificamos imperceptiblemente el último verso)

olas. El corcho se abandona, se entrega insensiblemente a lo que sea; se decide por la indecisión. Por eso su viaje parece un sueño; a veces el adormecimiento en la suave cuna marina, a veces la pesadilla en la informe tempestad. Porque el camino del corcho es, en la ilimitada multiplicidad de los caminos, la ausencia de camino, la frívola extravagancia sobre el árido, inexpressivo mar que no devuelve a nada.

A diferencia del corcho, el plomo sondea lo profundo. Va hasta el fondo y allí se queda, inmóvil. Si puede regresar es por el artificio de la línea que lo tiene atado, hilo de Ariadna, guía insegura que también se rompe. Sin ella, libre, librado a sí mismo, a su propio pensativo abatimiento, el plomo ya no se levanta. Desdeñoso de la insustancial, flotante vida del corcho, fascinado por las fijas tinieblas del fondo, el plomo se abisma en un viaje vertical y último. El plomo no flota, no nada: se hunde. El agua no es para él la blanca y rizada espuma o el desierto lacio que es para el corcho, sino la negra, densa, pesada sábana sobre los hombros, la cabeza. El mar ya no abre a lo ilimitado, pero gravita sobre un solo punto; ya no es la pluralidad del extravío, sino la inviable unicidad del encierro. El plomo no se pierde en lo indistinto, como el corcho; se retrae, encogido, a su propia plomiza opacidad. Sin embargo, los caminos de uno y otro, la insensata agitación del corcho, la meditabunda quietud del plomo, desembocan, igualmente ciegos, en la misma falta de salidas, en la misma ausencia de camino.

Pero está el pez. El pez no va errante por la superficie, atado a la inconstancia de la fuga, como el corcho; no se queda tampoco en el fondo, envuelto en el cansancio de un sufrimiento inmóvil, como el plomo. No se abandona al viento, no se apega a la tierra. Acepta lo ineludible: el agua es el *medium* del viaje. Por eso se confía al agua y solamente al agua, pasando entre ambas tentaciones: la loca diversión del corcho, la quieta rendición del plomo. Pero confiarse no quiere decir entonces entregarse al agua sin caminos; es más bien todo lo contrario: significa encontrar, en el agua, el único camino posible; trazar el necesario camino; afirmar el camino como tal. A esta afirmación la llamamos decisión. El pez decide el camino decidiéndose por él. Sin duda, el corcho y el plomo no esquivan (¿cómo podrían?) el instante de la decisión; pero el corcho cierra los ojos a la decisión, la disipa en lo indeciso, y al plomo la decisión le cierra los ojos, los vuelve hacia dentro y ellos la envuelven convirtiéndola en autocontemplación. El pez, en cambio, no se decide por la indecisión de la fuga, no se decide por el yo indeciso: se decide por la decisión. El pez afirma la hendidura decisoria, la incisión imperceptible en el agua, que es su camino. El pez no está en el agua como en su casa sino porque sabe trazar

este camino, y porque traza este camino habita y reposa en sí, no divaga ni se dispersa. El pez mora en sí mismo en la medida en que, abriendo el camino en el agua, abre el agua como tal y permanece abierto, como pez, en el agua. Estrictamente, el pez no camina por el agua: el pez es el camino.

Este camino, dice la carta, es imperceptible, silencioso, estrecho. El pez no deja huellas, ni siquiera la efímera del navío, la más efímera del pájaro rasante. El pez no imprime su marca en el agua, no firma. El camino no es el camino del pez, un atributo suyo. El camino es el camino del pez, la pertenencia sin residuos del pez al camino. El pez es el camino. ¿Cómo podría, por tanto, dejar algo tras de sí? ¿Cuál memoria? ¿Qué nostalgia? Silencioso, mudo, el pez desaparece en el camino, la afirmación del camino. Nada en sí mismo, el pez nada. El nadar del pez es esta imperceptible nada que se desliza. El pez es el camino: una sola imperceptible nada. El camino del pez pasa, en efecto, como una apretada línea, adelgazada hasta la invisibilidad, hasta la inexistencia, por entre, a través del agua; atraviesa lo que no tiene grietas; decide sin dividir. El pez encuentra, traza el paso allí donde el corcho y el plomo no lo encontraban, no lo buscaban: en lo impenetrable. Lo impenetrable se ha vuelto un camino. Pero si bien el camino no estaba ya trazado en lo impenetrable, el pez tampoco inventa este camino. El pez lo hace surgir, precisamente, en la impenetrabilidad de lo impenetrable, confiándose a ella. Es la confianza del pez la que traza el camino en el agua, pero el pez es esta confianza misma que llega al desasimiento de sí, a la desaparición, y de ese modo encuentra el camino.

Lo que debemos llamar la indiferencia del pez es el modo de encaminar que tiene la confianza. La confianza guía al pez por el camino que le es propio, o mejor, del que es indiscernible. La indiferencia del pez no debe interpretarse como el vulgar desdén por los caminos ajenos sino como la afirmación de su único posible, necesario camino. Es a causa de esta inasible necesidad de su indiferencia que el pez se convierte para los hombres en objeto de disputa: oye o no oye, duerme o no duerme, respira o no respira, es o no es. Su camino pasa siempre, silencioso, imperceptible, por el medio. La ciega confianza, la perseverancia lúcida del pez en el camino encuentra su emblema en esos ojos sin párpados a los que nada distraerá jamás, porque tan sólo afirman la indiferencia que pasa a través de lo diferente sin detenerse en ello.

Por eso es ilusorio el asombro que el hombre quiere ver en los ojos del pez. En ellos se observa tan sólo la impenetrable atención que atiende al camino. El asombro, o más bien la sorpresa, es el sobresalto que provoca lo imprevisto, pero la atención es la espera que legitima lo inesperado. Lo inesperado no viene

de pronto a sacudir y a conmover la espera como algo por completo ajeno, exterior a ella; lo inesperado no llega de pronto de alguna parte a destruir, a disipar, a cancelar la espera. Por el contrario, lo inesperado es como la silenciosa intimidad de la espera silenciosa. Ello significa que de ningún modo viene lo inesperado al encuentro de la espera; pero significa también que la espera no espera lo inesperado como algo que la haría cesar. Si lo inesperado habita ya siempre en el corazón de la espera es en la medida en que la espera, que no espera propiamente nada sino lo inesperado, no deja de esperar. El corcho va de sobresalto en sobresalto, y entre uno y otro blandamente divaga; el plomo se queda inmóvil, tieso frente al vacío que deja lo imprevisto cuando se retira a su verdad, la de ser el distraído pasado de la previsión. Pero si el corcho no podría despertar de su aturcido sueño al golpe de la ola, tampoco el plomo atiende a lo inesperado en la desnudez de la espera. Eso sólo lo hace el pez. El pez atiende al camino y nada más que al camino; es más, el camino del pez es simplemente el atender de la atención, la espera que no espera nada en particular, pero se confía así, encaminándose, a la ley de lo inesperado, que la encamina. Lo inesperado halla su legitimación en la espera, pero la espera encuentra su ley en lo inesperado --según el acontecer del camino.

Sin embargo, el camino mismo, tal como la figura del pez lo traza en la carta, es el camino al que se nos invita a encaminarnos. El camino del pez permanece extraño para nosotros. Pero lo extraño no tiene el carácter de lo imprevisto, sino el de lo inesperado. El camino del pez no nos resulta completamente inentendible o meramente curioso. El camino nos resulta extraño precisamente porque con desatenta familiaridad ya nos encaminamos por él. De modo que la carta nos pide solamente esto: que nos encaminemos hacia el camino por el cual, sin embargo, ya estamos encaminados. Ello es así porque, a diferencia del pez, nosotros debemos ir al sitio en el que estamos, debemos volver antes de haber partido. Lo familiar, para nosotros, tiene el carácter de lo extraño. Pero nos corresponde a nosotros, entonces, guardar a lo extraño en su familiar extrañeza, no confundirlo con lo sorprendente, con lo extravagante. Nos corresponde a nosotros trazar, en medio de la incesante agitación, de la pasiva impenetrabilidad, el camino que no es una fuga, una salida, sino la decisiva afirmación de lo necesario, el *sí* que ya nada puede impedir: la palabra de la libertad.

Esto, creemos, es lo que enseña el camino del pez.